ARTÍCULOS

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Mujer sola y en desamparo

Javier Martínez Merino

RESUMEN

*La Iglesia, que dio cobijo
y posibilidades para que una mujer
excepcional pudiera escalar
las cimas de la sociedad mexicana
en el siglo XVIII, al final la abandona.
Obispos y confesores, en su afán
de convertirla en santa doblégan
su voluntad, y se le niega,
por ser mujer,
realizarse como poetisa y escritora.
¿Renuncio realmente a su proyecto
de ser ella?*

ABSTRACT

*The Church, which sheltered
the possibilities
of an exceptional XIX Century woman to
reach the summit
of Mexican society, finally abandons her.
Bishops and priests —in their eagerness
to turn her into a saint— bent her will refusing
her the right to become
a poet and a writer just
only because she was a woman.
Did she really waived
her project to be herself?*

JUANA A LOS TREINTA Y TANTOS AÑOS

Después de rezar los maitines y los laudes, vuelve a su tarea de escribir. Cuando termina las cartas que volarán por los cuatro puntos cardinales seguirá estudiando sin más compañero que un tintero y como único maestro, un libro mudo.

Estudia la vida de mujeres, paganas y cristianas: le impresionan Santa Catarina y, sobre todas, la egipcia Hipatia.

Al profundizar en la vida de Hipatia, mujer bella, joven, inteligente y virgen, sin duda que se sintió identificada con ella.

Es la primera mujer que sobresalió en las ciencias: matemática y astronomía. Hipatia dirigió la Academia de Alejandría.

Siempre fue vista con malos ojos por el intransigente obispo San Cirilo de Alejandría,

paladín de los cristianos en su lucha contra los paganos. Un día de la cuaresma del año del Señor de 415, los monjes seguidores del obispo detuvieron su carruaje, mataron al auriga y la desnudaron y violaron. Después la llevaron a la iglesia y allí la descuartizaron.

¡Terrible historia la de Hipatia, una mujer tan admirada por Juana Inés, en los momentos en que se va quedando sola!

Investiga el agua, y la luz y el aire, y las cosas... ¿Por qué el huevo se une en aceite hirviendo y se despedaza en el almíbar? Con un ojo pegado al telescopio caza estrellas.

La han amenazado con la Inquisición y le han prohibido abrir los libros; pero sor Juana Inés estudia en las cosas que Dios crió, sirviéndose del libro del universo.

Entre el amor divino y el amor humano; entre los quince misterios del rosario que le

cuelga del cuello y los enigmas del mundo; se debate sor Juana, y muchas noches pasa en blanco, orando, escribiendo, cuando comienza en sus adentros la guerra inacabable entre la pasión y la razón. Al cabo de cada batalla, la primera luz del día entra en su celda del convento de las jerónimas y a sor Juana le ayuda a recordar que se puede filosofar y aderezar la cena.

Ella crea poemas en la mesa y hojaldres en la cocina; letras y delicias para regalar. Alegrías del alma y de la boca.

“—Sólo el sufrimiento te hará digna de Dios— le dice el confesor.

- Padre Antonio, ¿las letras estorban o ayudan a la salvación? ¿No se salvó nuestro padre San Agustín, San Ambrosio y todos los demás doctores?

- Hija, eran doctores, humildes, que ante Dios disciplinaban sus carnes para que no los venciera el pecado del orgullo. Su reverencia recibe aplausos, visitas, cartas,...¿cuánto tiempo dedica a Dios, cuánto a refrenar su orgullo? La mujer es vanidosa, el pecado está dentro de ella, de sus hábitos, y vos, sor Juana; como yo, somos pecadores.

Para hacer versos no debía haber entrado religiosa, sino haberse casado.

- Padre mío, ¿qué hay de malo en mis versos? ¿Soy, acaso, hereje? Vuestra reverencia me quiere hacer santa; santa como vuestra reverencia, a golpes y sangre.

- Le prohibo hacer versos. Si desea salvar su alma, deje la pluma, lea las divinas Escrituras, únase a Dios y venza su orgullo. ¡En mala hora la encaminé hacia el monasterio! ¡Que Dios me perdone haberla traído a religión!

-Padre mío, si el ser mi confesor y mi guía espiritual le acarrea tantos problemas, no se acuerde más de mí. El cielo tiene muchas llaves para entrar en él y muchas mansiones. Espero que allá pueda encontrar un rincón. ¿Acaso la misericordia de Dios no pondrá en mi camino otro sacerdote, aunque no sea ni tan santo ni tan docto como vuestra reverencia?

Adiós, padre mío, encomiéndeme ante el Señor, como yo le tendré presente ante el Santísimo Sacramento del altar.”¹

Gracias a esta decisión, que le resquebrajó su alma, pudo arrancarse de la protección del sacerdote que le había llevado al convento, pues él supo reunir la dote para que Juana pudiera ingresar en las Jerónimas. Con esta ruptura, Juana se asegura poder seguir siendo ella: reflexiva y racional; alejándose del fanatismo religioso imperante en su entorno.

Pero su sacrificado confesor le pasará la cuenta de haber desdeñado la posibilidad de ser una gran santa, a su estilo...

LA SOLEDAD SONORA

1686 siempre traerá a Juana Inés un sabor amargo en el corazón. Se tiene que ir el marqués de Laguna. Su esposa María Luisa, también. La soledad y el miedo echarán raíces definitivamente en su alma.

Mujer ingeniosa, reflexiva, se da cuenta de que tiene que acercarse los favores del nuevo virrey, para ella y para el convento.

Y comienza a escribir poesía de encargo al servicio del conde de Galve, el nuevo virrey.

Vuelve a estar de moda el locutorio de San Jerónimo. No hay vísperas solemnes en las que no estén presentes las loas de sor Juana Inés, no hay viajero ilustre que no visite a la sabia religiosa. Allá se encargan poemas. Las monjas están encantadas con sor Juana. Allá se escriben comedias de capa y espada y autos sacramentales. Allá una mujer reflexiona sobre el amor y sobre ella misma. A todos complace, es lisonjera —conoce la corte y cree en el designio divino sobre la cabeza de los príncipes, reyes y virreyes, aunque sean estúpidos— sabe adular con gracia y bordea el filo de la navaja de la Inquisición. Este tribunal —su antiguo protector y confesor es el encargado en Nueva España— tiene orientados sus cinco sentidos hacia el convento. Parece que algunos ruidos llegan al Santo Tribunal.

Juana lee, medita, piensa y escribe.

¹ E. Galeano, *Memoria del fuego*, I, *Los nacimientos*. Edit. Siglo XXI, 8 edic. 1985, pág. 303.

HOMBRES NECIOS

Es muy grande en estos días su fecundidad poética. También es cierto que la minoría de sus poemas son religiosos, contra el deseo de su confesor. Pero hay que recordar hermosos villancicos, con una gracia alada, muy propios de una mujer como sor Juana.

En este momento escribe una sátira contra el alud de escritos que pululan por toda Nueva España ridiculizando a la mujer. Es una respuesta espontánea y aislada a los hombres. Es una defensa de su sexo por sentido común, contra la estupidez de esos escritos, que atentan contra la inteligencia. Es cierto que es la primera mujer que defiende su sexo, sabiendo que el sexo, como antes lo vimos no le crea mayores problemas, pues ha sabido sublimarlo.

No podemos resistir la tentación de transcribir parte de este poema, tan repetido y conocido:

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis:
si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?
Combatís su resistencia
y luego, con gravedad,
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.
Opinión ninguna gana;
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Mas, entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y quejaos en hora buena.
Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas

las queréis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cae de rogada
o el que ruega de caído?
¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:
la que peca por la paga
o el que paga por pecar?
Pues ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis.

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo².

La argumentación es rotunda y no admite refutación posible. Juega con retruécanos culteranos ágilmente.

¿Con qué gracia y sentido común encasqueta a los hombres machistas los tres enemigos del alma, según la Iglesia: el demonio, el mundo y la carne!

POEMAS, COMEDIAS Y AUTOS SACRAMENTALES

Las dos terceras partes de su producción poética es de encargo. Gran parte de esta poesía era dedicada a las fiestas solemnes, a las celebraciones religiosas. Una parte de su producción, inferior desde luego a la religiosa, estaba destinada a la corte. Siempre alerta a los cumpleaños, fiestas, etc., puntualmente llegaban los versos de Juana Inés.

Contentadas la corte y la Iglesia, podía justificar otras composiciones de su gusto. Aquí podemos inventariar todos sus poemas amorosos, y la gran variedad de metros y temas en sus villancicos y romances. También se permitió la monja escribir una comedia de enredo o de capa y espada —algo parecido a los culebrones o telenovelas actuales— *Los empeños de una casa*. La protagonista de esta obra en muchos detalles será un desdoblamiento de ella misma.

² Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras selectas*, Edit. Noguer, Barcelona, 1976; redondilla 92, pág. 574.

Los autos sacramentales –Calderón de la Barca está por esos años en todo su apogeo en España– también van a ser tocados por la monja. *El divino Narciso*, es su mejor producción e interesante obra. También escribe *El mártir del Sacramento*.

Primero sueño

Como afirma Octavio Paz, *Primero Sueño* es la gran obra de la monja, es una búsqueda del conocimiento, el poema del acto de conocer. Obra escrita en silvas a lo largo de 975 versos. Es su hijo más querido, aunque con una modestia similar a la de Fray Luis de León –unos versos que se me cayeron de las manos– la monja da testimonio de que es un fruto de su amor y no del compromiso:

...yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos, de tal manera que no me acuerdo haber escrito por mi gusto si no es un papelillo que llaman Sueño.³

En esta obra, que no vamos a entrar a analizar, como tampoco lo hemos hecho con sus poemas, algo ajeno al propósito de este artículo, podemos contemplar a una Sor Juana Inés concedora de los saberes de su época y sobre todo gran admiradora del jesuita Kircher, un hombre clave para entender el siglo XVII, hoy relegado al olvido. Su presencia y lo atractivo de sus libros está en una interpretación sincretística de todas las religiones, tomando como centro la cultura egipcia.

Si las doctrinas o interpretaciones herméticas, aun hoy son muy atractivas –*El péndulo* de Foucauld, y en cierto modo *El nombre de la Rosa*, de Eco; nos lo atestiguan–, en el siglo XVII, se imponían. Juana Inés las conoce y de alguna manera están presentes en esta extraordinaria obra.

La carta Atenagórica

Sor Juana Inés es el faro de México, la monja jerónima es el árbitro cultural de la Nueva España.

Desde hace años existe una gran rivalidad entre dos obispos, el de México –Aguiar y Seijas– y el de Puebla –Manuel Fernández de Santa Cruz–.

Francisco Aguiar y Seijas, por fin arzobispo de México, es un gallego sietemesino y huérfano. Nunca conoció el cariño de un hogar. Siempre fue cuidado por extraños.

Es un hombre caprichoso, irritable, lunático. Riguroso con él mismo, se mortifica con terribles sacrificios, tiene una manía milagrera unida a una misoginia horrorosa y un visceral miedo a las mujeres.

Nada más llegar al arzobispado de México prohíbe acercarse a los locutorios de las monjas a los devotos. Prohíbe los espectáculos públicos: el teatro, las corridas de toros y las peleas de gallos.

Impide que se traigan de España comedias y a su vez invade la Nueva España de libros devotos.

¡Qué gracia podían hacerle las comedias de enredo que escribía una monja, tan celebrada!

Prohibió la entrada de mujeres al palacio episcopal:

Si supiera que ha entrado una mujer en su casa, había de mandar arrancar los ladrillos que ella había pisado.

Daba gracias a Dios por ser corto de vista y no verlas.⁴

Nunca permitía que una mujer se le acercara. Su devoción se convertía en cólera si veía a una mujer en la iglesia sin el velo. Se encolerizaba y la insultaba.

Luchaba contra la lujuria: las batallas y tentaciones que acerca de su lujuria padecía. Su castidad era heroica; a medida que castigaba su cuerpo, la lujuria crecía. Antes que fuese arzobispo no le sucedía, pues no veía mujeres...⁵

3 *Id.*, Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz, pág. 803.

4 José Lezamis, "Breve relación de la vida y muerte del Ilmo. y Revmo. Señor Doctor Don Francisco Aguiar y Seijas", México, 1699; En Octavio Paz, *Sor Juana Inés o las trampas de la fe*.

5 Miguel de Torres, "Dechado de príncipes eclesiásticos que dibujó con su ejemplar y virtuosa vida el Ilmo. y Excmo. Sr. D. Manuel Fernández de Santa Cruz"; Madrid, 1722; en Octavio Paz, *op cit.*

Junto a esta manía de despreciar al sexo contrario, tenía también la de ganarse la salvación dando limosnas a los pobres, a costa de los demás, como nos lo dice su biógrafo Lezamis.

También le atribuyen milagros y otros actos de santidad como llevar el traje roto, las medias rotas, comer en hospitales, colocarse cilicios y azotarse dos veces por semana. Dormía en cama prestada y, a su muerte, se descubrió que hervía de chinches... De su cadáver se desprendió una fragancia maravillosa. Asegura Lezamis en la biografía del arzobispo.

El conflicto entre este hombre y la monja, que es mujer; que nunca se avergüenza de ello y que exalta el espíritu femenino; ha de llegar de inmediato. Este conflicto entre *una pobre mujer-monja* que es el instrumento de Dios para castigar su soberbia, y un señor arzobispo misógino, será el reto y su razón de ser como hombre en la parcela de Iglesia a él confiada.

El otro obispo

Manuel Fernández de Santa Cruz era obispo de Puebla.

Un palentino que estudió en Salamanca, discípulo de los jesuitas. A los treinta y cinco años es nombrado obispo de Chiapas. A los treinta y nueve, obispo de Puebla.

Dos temas le apasionan: la teología y las religiosas. Impulsó un colegio de teología y escribió varios volúmenes sobre este tema. Gran parte de su vida la dedicó a la dirección espiritual de religiosas y a luchar por reformar las prácticas relajadas de los conventos.

Según su biógrafo, Torres, sobrino de sor Juana Inés, por más señas:

se retiraba para mucha oración, mala comida y muchos azotes

lo mismo que decían de Aguiar, los suyos. Y añade el biógrafo refiriéndose al apotolado del obispo Fernández de Santa Cruz:

muchas de aquellas vírgenes, del número de las necias, no sólo no lucían sino que deslustraban sus lámparas con algunas comunicaciones ajenas de su consagrada pureza, cuyo desorden causó la

infernál osadía de algunos sujetos que, desde el siglo, las inquietaban con la frecuencia de visitas a las rejas y tornos, escandalizando a los menos advertidos.⁶

También hemos conocido alguna de las cartas que dirigía a las monjas. Leamos algunos párrafos:

Padecer por Cristo, buscar desprecios, hacer pedazos la voluntad, es tu camino, enamorada de Cristo crucificado.⁷

En otras, las metáforas resultan sensuales y duras:

Por más que tiro a desnudarte, no acabo de conseguirlo, y tu te condenarás, desamparada de Dios, olvidada y dejada de tu confesor.⁸

De todas formas estas presiones, tan impensables hoy, fuera de los muros de la vida religiosa, eran comunes entonces. También hoy, a veces, dentro de esos muros; claro que con menos fuerza pues las puertas están abiertas, y la salvación no es exclusiva de los confesores.

Fernández de Santa Cruz es un obispo normal, hábil político y príncipe de la Iglesia consciente de sus poderes.

Resulta curioso saber que su secretario es sobrino de Sor Juana Inés.

¡Cuántas vísperas y villancicos ha escrito la monja para esa catedral! El obispo dice, refiriéndose a sor Juana:

que vive enamorado de su alma, sin que haya entibiado este amor la distancia del tiempo.⁹

6 *Ibid.*

7 *Ibid.*

8 *Ibid.*

9 *Ibid.*

Primera trampa

"Juana Inés es un verdadero pugilista intelectual. Por fortuna jamás olvida ni las buenas maneras ni su ironía."¹⁰

Y este pugilista de primer orden va a ser utilizado en una pugna sorda y subterránea que existe entre los dos obispos. Paz nos aclara: "Según parece, Santa Cruz había sido nombrado obispo pero hubo alguna poderosa interferencia que hizo cambiar finalmente la decisión de Madrid en favor de Aguiar."¹¹ Por otra parte, Manuel Fernández de Santa Cruz, es obispo de la diócesis más importante después de la de México, lleva mucho más tiempo en Nueva España, es mucho más popular, posee una sólida formación teológica y una experiencia más rica. Su carácter, mucho más moderado que el del hurano y misógino hasta entonces obispo de Michoacán: Aguiar y Seijas.

La aparente normalidad en la cúpula de la Iglesia en Nueva España es muy frágil y va a ser sacudida a finales de 1690 por la publicación de

"un folleto de lóbrego título: Carta atena-górica de la madre Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa de velo y coro en el muy religioso convento de la Santísima Trinidad de la Puebla de los Angeles"¹²

El obispo de Puebla se encarga de costear la impresión, de divulgarla y de llamarla Carta Atenagórica. En ella, la voz de México, discrepa públicamente del arzobispo de México en un tema de la más ñoña teología.

Sor Juana se siente con poder —instigada por el obispo de Puebla que opina como ella sobre la cuestión—, de atacar al jesuita P. Viera —amigo del arzobispo Aguiar y Seijas—, por un sermón, que ni siquiera había predicado en México. Estas opiniones están sustentadas en largas reflexiones con su amigo el obispo teólogo en el locutorio del convento de las jerónimas. Ingenuamente piensa

que todo se puede quedar en lo puramente intelectual pues no se imagina toda la envidia, toda la soberbia que anida en el corazón de los aterciopelados obispos.

Su amigo, el obispo de Puebla, le pide un folleto donde queden escritas las reflexiones sobre la cuestión bizantina que en esos momentos pulula en el ambiente clerical. Más que valorar la cuestión teológica —¿Cuál fue la mayor fineza de Cristo?—, lo que interesa es manifestar el ingenio barroco del teólogo.

Juana, buena amiga, le entrega un escrito privado.

El obispo siente en sus manos el arma para humillar a quienes le quitaron el arzobispado. Con vuelo de mariposa deja caer sobre México el panfleto. No va dirigido a nadie, pero las ideas de sor Juana, lanzadas al aire transparente encuentran fácilmente sus nidos.

Juana siente que la han utilizado, engañado... En su celda queda sola.

Segunda trampa

Que una mujer, una monja que escribe comedias, ataque a su obispo, aunque sea indirectamente, es una barbaridad. Todo México opina. La tormenta es impresionante. Los hombres, el clero mediocre, abanderados por el arzobispo misógino, sienten en sus carnes la espuela de la humillación. No es más que una "pobre monja" que debe obediencia a su obispo, el de su jurisdicción, y se ha atrevido a rebelarse.

El obispo de Puebla, al descubrir que no puede controlar las llamas, y acechado por todos los sitios, salva el pellejo.

Pocos días después, aparece otra carta, firmada por otra monja: sor Filotea de la Cruz. En ella se insta a la monja a que se calle, a que no opine, ya que como mujer y como monja

"dice San Pablo que las mujeres no enseñen; pero no manda que las mujeres no estudien para saber; porque sólo quiere prevenir el riesgo de elación de nuestro sexo, propenso siempre a la vanidad".

Y continúa:

"Letras que engendran elación, no las quiere Dios en la mujer; pero no las

¹⁰ Octavio Paz, *op. cit.* pág. 512.

¹¹ *Ibid.*, pág. 526.

¹² *Ibid.*, pág. 511.

reprueba el apóstol cuando no sacan a la mujer del estado obediente."¹³

Dos veces se repite el sustantivo *elación*, sustantivo procedente de la forma supina del verbo *EFFERRE*, que se traduciría como "levantarse hasta el infinito", "altivez", lo contrario a la obediencia ciega que le exige sor Filotea a su obispo.

Y para terminar le insta a que deje de leer otros libros que no sean la Biblia.

Cuando Juana sabe que sor Filotea no es ninguna monja, sino el seudónimo femenino de su amigo el obispo Fernández de Santa Cruz, siente que un segundo lazo se le anuda en la garganta.

Respuesta a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz

En marzo de 1691 aparece esta respuesta. Juana siente el abismo a sus pies, pero se defiende, da razones, explica su posición. Toma modelos del Antiguo Testamento. Saca a relucir los santos del Nuevo Testamento. Desfilan santas mujeres y famosas mujeres. Con gran humildad asegura que el temor de mal interpretar la Biblia:

... me ha quitado muchas veces la pluma de la mano(...) el cual inconveniente no topaba en los asuntos profanos, pues una herejía contra el arte no la castiga el Santo Oficio, sino los discretos con risa y los críticos con censura...(...) Yo no quiero ruidos con el Santo Oficio.¹⁴

También a ella, en algún momento, se le había prohibido estudiar las Sagradas Escrituras:

... han llegado a solicitar que se me prohíba el estudio. En una ocasión lo lograron y una prelada muy santa y muy cándida que creyó que el estudio era cosa de la Inquisición, me mandó que no estudiara.¹⁵

Justifica su pasión por las letras, su total negación al matrimonio...

... He estudiado mucho y nada sé. Siempre sin maestros y sin compañeros de viaje.¹⁶

Y añade con gracia y con profunda filosofía:

¿qué os pudiera contar de los secretos naturales que he descubierto estando guisando? (...) Aunque ¿qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina?. (...) si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito.¹⁷

Pero todas estas razones, de nada sirven ya. Sor Juana es un águila, y el cacareo de las gallinas no deja escuchar su voz. De nada le sirve desdecirse a la monja, pues nadie quiere escucharla.

El asedio, 1691

Sor Juana, arrodillada, bajo un chorro de luz, blanca como la cal. Sobre ella un enorme Cristo sangra, abiertos los brazos. La acusan quienes fueron sus amigos: el Padre Antonio, su confesor; el obispo de Puebla es sor Filotea; el gran arzobispo, Aguiar y Seijas. Todos son uno.

Aguiar- Misterioso es el Señor ¿Para qué, me pregunto, habrá puesto cabeza de hombre en el cuerpo de sor Juana? ¿Para que se ocupe de las rastreras noticias de la tierra? A los Sagrados Libros ni se digna asomarse, ¡Ingrata!

Sor Juana- Mal correspondo a la generosidad de Dios, en verdad. Yo sólo estudio por ver si con estudiar ignoro menos, y a las cumbres de la sagrada Teología dirijo mis pasos; pero muchas cosas he estudiado y nada o casi nada he aprendido. Lejos de mi las divinas verdades, siempre lejos...¡Tan cercanas las siento a veces, y

13 Juana Inés, *op. cit.* Carta de sor Filotea, pág. 765.

14 *Ibid.*, pág. 773.

15 *Ibid.*

16 *Ibid.*

17 *Ibid.*

tan lejanas las sé ! Desde que era muy niña... a los cinco o seis años buscaba en los libros de mi abuelo esas llaves, esas claves... Leía, leía... Me castigaban y leía, a escondidas buscando...

Aguiar- Jamás aceptó la voluntad de Dios. Ahora, hasta la letra de hombre tiene. ¡Yo he visto sus versos manuscritos!

Sor Juana- Buscando... Muy temprano supe que las universidades no son para mujeres, y que se tiene por deshonesto a la que sabe más que el Padrenuestro. Tuve por maestros libros mudos. Cuando me prohibieron los libros me puse a estudiar en las cosas del mundo. Hasta cocinando se pueden descubrir secretos de la naturaleza.

Confesor- ¡La Real y Pontificia Universidad de la Fritanga! ¡Por sede una sartén!

Sor Juana- ¿Qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina? Pero si Aristóteles hubiera cocinado; mucho más hubiera escrito. Os causa risa, ¿verdad? Pues reíd, si os complace. Muy sabios se sienten los hombres, sólo por ser hombres. También a Cristo lo coronaron de espigas por rey de burlas.

Confesor- (Sonríe... golpea con el puño) ¡Habrás visto! ¡La pedante monjita! Como sabe hacer villancicos se compara con el Mesías.

¡Vaya humildad! ¡Vamos, hija, que escandaliza a Dios con tanto orgullo!

Sor Juana- ¿Mi orgullo? (Sonríe, triste) Tiempo ha que se ha gastado.

Confesor- Como celebra la chusma sus versos, se cree una elegida. Versos que avergüenzan a esta casa de Dios, exaltación de la carne... (Tose) Malas artes de macho...

Sor Juana- ¡Mis pobres versos! Polvo, sombra, nada. La vana gloria, los aplausos... ¿Acaso los he solicitado? ¿Qué revelación divina prohíbe a las mujeres escribir? Por

gracia o por maldición, ha sido el Cielo quien me hizo mujer y poeta.

Confesor- ¡Ella ensucia la pureza de la fe y la culpa la tiene el Cielo! Mucho canta sor Juana a lo humano y poco a lo divino.

Sor Juana- ¿No nos enseñan los Evangelios que en lo terrenal se expresa lo celestial? Una fuerza poderosa me empuja la mano...

Confesor- (Iracundo) ¿Fuerza de Dios o fuerza del rey de los soberbios?

Sor Juana- ...Y escribiendo seguiré, me temo, mientras me dé sombra el cuerpo. Huía de mí cuando tomé los hábitos, pero ¡miserable de mí!, trájeme a mí conmigo.

Aguiar- Se baña desnuda. Hay pruebas.

Sor Juana- ¡Apaga, Señor, la luz de mi entendimiento! ¡Deja sólo la que baste para guardar tu ley! ¿No sobra lo demás en una mujer?

Confesor- (Chillando, ronco) ¡Avergüenzate! ¡Mortifica tu corazón, ingrata!

Sor Juana- Apágame. ¡Apágame, Dios mío! (Susurra) ¡Tengo miedo...! ¡Estoy tan sola, tan sola...! ¡Tengo un miedo infinito! Vuelve la noche oscura...!¹⁸

El dogal se estrecha

El verano de 1691 llovió en México como en Macondo.

Se perdieron cosechas. Faltó el pan y el maíz. La lluvia fue tan pertinaz y torrencial, que casas de adobe se desplomaron. México fue más laguna que nunca.

El 23 de agosto hubo un eclipse de sol. Una terrible plaga de gusanos cahuixtles, favorecidos por las persistentes lluvias fueron acabando con el poco maíz y el trigo que quedaba todavía. Ante tantas adversidades se alzaron las voces siniestras de siempre. Aquello era un castigo de Dios: había que hacer penitencia.

18 Se parafrasea a Eduardo Galeano, *op. cit.* págs. 303 ss.

Ante la inminencia del invierno, se lucha por el acaparamiento. El invierno trajo un hambre terrible y dos reacciones paralelas: rogativas para impetrar la ayuda del cielo y de los santos protectores y al mismo tiempo, represión a los campesinos, saqueos, etc... Comienzan a levantarse murmuraciones... los familiares del virrey son el blanco. Se cree que ellos han acaparado. El hambre ha penetrado en casi todas las casas y comienza a subir las escalinatas del palacio.

La tragedia continúa en 1692. No llega el grano a la gente. El predicador Fray Antonio de Ezcaray ha manifestado desde el púlpito el desagrado del pueblo, la gente se ha sentido apoyada por la Iglesia y el tumulto estalla.

En la plaza hay golpes. Una india, golpeada, malpateada y muere. La muchedumbre hambrienta apedrea el palacio del virrey. Otros en andas llevan a la india muerta hasta el palacio arzobispal. Les impiden el paso, allá no pueden entrar mujeres, aunque estén muertas. Vuelven al palacio del virrey. Tras los insultos, alguien lanza una piedra y detrás de ella una lluvia de piedras y de rabia apedrea el palacio. Los guardias replican disparando con pólvora, la multitud se amotina —unos 10 000 de todas las castas—. Prenden fuego al palacio, la muchedumbre desesperada se lanza al saqueo de los negocios de la plaza. Una locura alimentada por el hambre, se apodera de la multitud.

De pronto en la noche, a la luz de las llamas del palacio, aparece una sacerdote con el Santísimo Sacramento en sus manos, le acompañan varios sacerdotes y monaguillos. Según va caminando por la plaza los amotinados caen de rodillas y clavan los ojos en la custodia. Da dos vueltas por la plaza y entra en la catedral. Otro sacerdote comienza a predicar en nahuatl. Y poco a poco se van serenando los ánimos. El fuego se apaga y la gente regresa de una pesadilla a sus casas.

Tras los hechos el poder del virrey se desploma, el de la Iglesia sube como la espuma. Comienza a fraguar en las conciencias la sensación de castigo de Dios por causa de los pecados. Es el momento propicio para la superstición.

Sor Juana, está sola. Ha vivido como nadie los hechos, también el hambre. Mujer sensible, se siente de alguna manera culpable. Sin duda piensa que ha llevado 25 años de monja

¿para qué? En estos momentos de efervescencia religiosa, su vida tibia en materia religiosa era otro leño al fuego de las catástrofes. Piensa que los otros, su confesor, su amigo obispo —sor Filotea—, su arzobispo, tienen razón, ella puede ser una santa y no una escritora de cosas deleznable.

Mujer en desamparo

Juana Inés a de sentir la soledad más radical. Su infancia desamparada, su juventud en lucha por ser ella, su refugio en la Iglesia y en la corte, se le desmoronan. El virrey no cuenta. El marqués de Laguna, el esposo de su querida María Luisa, también acaba de morir. María Luisa a miles de kilómetros. La Iglesia, tan fuerte ahora, su tabla de salvación, la acusa y la comienza a cercar con un arzobispo que saborea la venganza para salvarla, un confesor que la ha abandonado si no da su brazo a torcer y un obispo amigo, que trata de salvar sus privilegios. Sus compañeras, también pusilánimes, no la entienden. ¡Terrible soledad! ¡Toda una vida perdida! Está vencida.

Yo, la peor del mundo

El conflicto que se levanta en su alma tiene tres ingredientes: el tumulto popular, la oleada de superstición que recorre todos los caminos de México y sus propios sentimientos de culpa ante los conflictos con sus superiores los obispos. El desenlace del conflicto interior de la monja es inminente.

No le queda más remedio que arrepentirse, ceder, dejar de ser ella. Lo primero es: pedir el regreso de su confesor.

Sabemos por Oviedo que se negó a volver *para avivar sus deseos*; y sólo después de muchos ruegos es que viene; no para convertir a la monja, sino para someterla¹⁹.

Nada sabemos de aquellos días. El P. Calleja, su biógrafo —que no la conoció y que se empeñó en hacerla santa— dice:

¹⁹ La misma táctica que en la actualidad. Si pensamos la marginación y las prohibiciones que han tenido que sufrir algunos de los teólogos más recientes con la Santa Sede, tales como Hans Küng o Leonardo Boff, llegaremos a la conclusión de que la técnica es extremadamente eficaz pues, después de trescientos años, se continúa utilizando.

"El año de 1693 la divina gracia de Dios halló en el corazón de la madre Juana su morada y asiento"²⁰.

Su obra poética, gracias a las gestiones de su amiga María Luisa, aparece en España en estos momentos. Es alabada por los mejores teólogos de la metrópolis. Los poetas y críticos se encienden en elogios. Pero ya es tarde. Lo que en otros momentos pudo haber sido fuego a su ilusión, ahora era infierno para huír de sí misma hacia su sometimiento al confesor y al obispo. El pensamiento y la vida ascética de su confesor se va trasvasando en ella.

Así pensaba el confesor:

El súbdito es instrumento del superior y el instrumento no tiene más valor que su sumisión(...) El súbdito ha de ser a gusto y menester del superior.²¹

Su dureza con su cuerpo y su espíritu:

La oración y la mortificación son dos alas con que vuela el espíritu hasta la cumbre de la perfección y la unión con Dios²².

Núñez de Miranda, el confesor, se mortificaba

...setenta y tres veces, en reverencia de los setenta y tres años que vivió la Santísima Virgen (...) y los golpes eran tan recios y propinados tan sin piedad que se oían fuera del aposento, causando lástima y compasión a los que los escuchaban. Los que aguardaban a la puerta temían que pudiesen encontrarlo muerto²³.

Confesión general

Por fin ha vuelto el confesor. La primera labor es arrancar sus pecados desde lo más profundo del alma. La monja se somete a una confesión general. Somete toda su vida al juicio del confesor. Pasa semanas en este ejercicio.

Resulta interesante ver cómo el confesor juzga su amistad con María Luisa. Es una visión totalmente distinta a los juicios que originó Pfland. El Padre Núñez en la intensidad de esta amistad ve no una desviación sexual o erótica sino un pecado contra el amor que debe tener la religiosa a Dios. El amor platónico a María Luisa, desvía la dirección que ha de tener el corazón de una monja hacia el sumo Bien, la Belleza perfecta y no hacia las criaturas; al fin y al cabo sólo son imperfectos reflejos de Dios. Las criaturas pueden estorbar en este ascender a la divinidad. Su camino es el encuentro total con Dios, ser una mística mexicana, como Teresa de Jesús al otro lado del mar.

Por estas fechas, según Calleja y Oviedo, a quien se lo había confiado el confesor, comienza Sor Juana a castigar su cuerpo. Nunca hasta entonces el dolor físico había encontrado nido en su vida, sólo los sufrimientos de amor y los celos:

Quedóse la madre Juana sola con su Esposo y considerándolo clavado en cruz por las culpas de los hombres, el amor le daba alientos a su imitación, procurando en su empeño crucificar sus apetitos y pasiones, con tan fervoroso rigor en la penitencia que necesitaba del prudente cuidado y atención del padre Antonio para irle de la mano, porque no acabase a manos de su fervor la vida²⁴.

Aunque la última frase parece algo exagerada, el padre Calleja lo confirma:

...su director de conciencia procuraba persuadirla a que fuesen menos los rigores despiadados con que se trataba (...) Es menester —decía el padre Núñez—

20 Octavio Paz, *op. cit.* pág. 591.

21 *Ibid.*, pág. 586.

22 *Ibid.*, pág. 586.

23 *Ibid.*

24 *Ibid.*, pág. 595.

mortificarla para que no se mortifique mucho, yéndola a la mano en sus penitencias porque no pierda la salud y se inhabilite²⁵.

Abandona los libros

El día 5 de marzo firma un documento donde se rinde.

“Confesión que, rubricada con su sangre, hizo de su fe y amor a Dios la madre Juana Inés de la Cruz, al tiempo de abandonar los estudios humanos para proseguir, desembarazada de este afecto, en el camino de la perfección, según el sentir de los clérigos que la cercan”²⁶.

Lágrimas de toda la vida, brotadas del tiempo y de la pena, le correrían por la cara. En lo hondo, en lo triste, ve nublado el mundo: derrotada, le dice adiós. Ante el impasible Antonio Núñez, el resto de su vida, sólo será penitencia. Sola con su Esposo, aquietará las pasiones castigando su cuerpo, le susurran al oído.

Rubrica su vida con sangre

Las páginas de esta vida se escriben en la soledad de un convento. Nunca sabremos lo que sucedió en aquella alma abandonada en estos momentos. Quizás recordara a su madre que la reprendía y la llamaba loca por aprender a leer y a escribir; a su abriéndole el mundo de los hombres y de los libros, a María Luisa, su amiga, luz y sentido de su vivir... y la oscuridad de la institución que la acogió: obispos y curas intrigantes que están a punto de hacerla santa.

Y así escribe sus últimas letras, su confesión, que lee ante su confesor triunfante y que firma mojando la pluma en la sangre de sus venas:

¡Padre! ¡Merezco ser condenada a la muerte eterna, en los infinitos infiernos!
¡Padre, imploro el perdón de Dios y su

eterna misericordia!

Suplico, por amor de Dios y de su Purísima Madre, a mis amadas hermanas las religiosas que son y en adelante lo fueren, me encomienden a Dios, que he sido y soy la peor que ha habido. A todos pido perdón por amor de Dios y de su Madre.

Y en señal de cuánto deseo derramar la sangre en defensa de estas verdades, firmo con ella.

Yo, la peor del mundo:
Juana Inés de la Cruz ²⁷

¿Algo sublime o el acto de contrición de un ser humano aterrorizado que trata de aplacar a su enemigo, ahora todopoderoso?

Para la Iglesia, la tan esperada conversión hacia la santidad; para otros, más parece el fruto de una extorsión.

El final

Todos tratan de apoderarse de las penitencias de la monja. Entran a saco en su celda.

Regala los libros, los cientos de libros, al obispo Aguiar y Seijas, para que los venda y reparta el dinero entre los pobres. Su colección de instrumentos musicales indígenas, también se deshace de ella.

Apenas si se queda con dos o tres librillos devotos junto con muchos cilicios y disciplinas.

El final de la historia es macabro. El mes de abril de 1695 una epidemia arrasa la ciudad de México, los muros del convento no son suficientes para detenerla. La mortandad es terrible. Nueve de cada diez monjas están contaminadas.

Vuelve el fantasma de los pecados. Escenas horribles se viven en los claustros del convento. Las monjas parecen almas en pena, se golpean sus cuerpos palpitantes de fiebre, pidiendo misericordia. Portan sobre sus débiles espaldas pesadas cruces, en procesiones por los claustros y, como dice Cabrera, las monjas lamen el suelo:

²⁵ *Ibid.*, pág. 595.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid* pág. 596.

hasta formar una cruz desbastándose la lengua, que salía tan limpia como un cepillo, pero con una diferencia dolorosa, que siendo el suelo más duro que el cepillo; se gastaba su lengua al dibujar la cruz²⁸.

La madre Juana, en su fervor, trabaja día y noche auxiliando a sus hermanas. Se contagia.

Un 17 de abril del año del Señor de 1695 muere. Contaba cuarenta y tantos años.

A MODO DE EPÍLOGO

Al día siguiente de su muerte, el obispo Aguiar y Seijas envía a unos clérigos para que se lleven de la celda de Sor Juana alhajas, dinero en efectivo, pagarés y otros documentos.

Las monjas probaron que estos agentes del arzobispo sustrajeron 5 200 pesos, y que reclamaron las monjas como legítimas herederas de los bienes de Sor Juana.

También apareció un poema, que nunca quiso romper.

¿Su conversión fue total o un paréntesis hasta que llegaran mejores tiempos?

¿Su confesión fue sincera o el fruto de la tortura psicológica?

¿QUÉ ES SER MUJER?

Ni hilar, ni parir, ni llorar, aunque haya tenido que hacer un poco de todo. Ser mujer es ser ella misma, un águila que voló por los cielos de México en la segunda mitad del siglo XVII y que todavía hoy lo hace, cuando ni se oyen las voces de los que la asediaron toda la vida, quienes al final la ¿destruyen? con el afán de hacerla santa.

Sor Juana es un ser humano, una mujer, ella misma, contradictoria: monja y hábil política; poetisa e intelectual; enigma erótico y mujer de negocios: una criolla excepcional. Sor Juana es una hija de su tiempo.

Pero hay una radical diferencia: lo que estaba permitido a los hombres —Lope y Góngora eran sacerdotes, cuyas vidas dejaron mucho que desear, y nadie les obligó dedicarse a Dios, a escribir de Dios o a dejar la pluma para dedicarse a su Dios— le estuvo prohibido a la monja observante. Sólo por ser mujer.

Sus convicciones religiosas, que fueron su tabla de salvación para poder ser ella, aunque tuviera que renunciar al sexo; al final la destrozaron. Su realización como ser humano, marcado con el sexo femenino, sólo era posible a través de la Iglesia. Y esta Iglesia, al final, también la obligó a renunciar a todo, por ser mujer.

Ser mujer para Juana Inés fue mucho más que hilar, parir y llorar. Fue demostrar a la historia cómo un ser humano ha de ser fiel a sí mismo, más allá del sexo, aunque tenga que pagar con su vida en el empeño.

JUANA RAMÍREZ o Sor Juana Inés de la Cruz es una de las mujeres latinoamericanas más significativa de nuestra historia. Injustamente olvidada y desconocida para muchos. Quizás también por ser mujer.

BIBLIOGRAFÍA

Alborg, J.L. (1970). *Historia de la Literatura Española, II*. Gredos, Madrid.

Galeano, Eduardo. (1985) *Memorias del fuego I: Los nacimientos*, Siglo XXI.

Juana Inés de la Cruz, Sor. (1965). *Antología, selección, introducción y notas de Elías Rivers*, Salamanca, Anaya.

Juana Inés de la Cruz. (1970). *Autos sacramentales*. Notas de Alfonso Méndez Plancarte. México, Unam.

Juana Inés de la Cruz. (1953-54) *Obras*. (Edición de Méndez Plancarte) Fondo de Cultura, 2 vols., México.

Juana Inés de la Cruz. (1976) *Obras selectas*. Prólogo de Georgina Salvat y E. Rivers. Barcelona, Noguer.

Juana Inés de la Cruz. (1978) *Poesía, teatro y prosa*. México, Porrúa.

Paz, Octavio. (1983) *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*. México, Fondo de Cultura Económica.

Javier Martínez M.
Apdo. 31-5000

Sede de Guanacaste
Universidad de Costa Rica

28 *Ibid.* pág. 600.